

# El gigante Chaliapin

por Carlos Fuentes y Espinosa

“Pero esas manos, esas maravillosamente expresivas manos...” declaraba cierto crítico musical, impresionado por la descolante figura y la singularidad de la apariencia, enorme tamaño y movimientos manuales del legendario bajo ruso Fiódor Ivánovich Chaliapin (o Shaliapin), que encarnaba un magistralmente notable Don Basilio — personaje de *Il barbiere di Siviglia* [*El barbero de Sevilla*] de Rossini— del que el mítico Enrico Caruso dejara, entre otros dibujantes, divertidas constancias mediante sus extraordinarias caricaturas.

Y es que el paso de Chaliapin por la escena lírica fue determinante. La súper estrella operística, tal como sucede con las grandes personalidades de la creatividad, transformó con sus dotes histriónicas y vocales la concepción y el planteamiento de los personajes en la escena del caro género. Chaliapin había nacido en febrero de 1873 en Kazán, provincia de Tartaristán, Rusia, en una familia campesina que sufrió privaciones continuas cuando su padre murió de inanición en una zanja helada. Durante su infancia padeció todo tipo de sufrimientos, de los que huyó siendo adolescente, uniéndose a compañías teatrales menores.

La poderosa voz del joven llamaría la atención general y Chaliapin comenzaría a cantar en coros y como solista. Felizmente, conoció al renombrado tenor Dmitri Usatov, que lo tomó a su cargo como alumno de canto y, conmovedoramente, lo vistió y alimentó también. Chaliapin, a la muerte del maestro, honraría este bello gesto encargándose de la manutención de la viuda de Usatov.

Se dice, además, que Usatov se había cultivado como cantante con los conceptos de la escuela de canto del celeberrimo Manuel García, y que los enseñaba a sus alumnos, especialmente al joven Fiódor, que al año siguiente triunfó en sus presentaciones en Tiflis, de donde sería convocado para interpretar personajes protagonistas, como el Mefisto, en salas de mayor envergadura, cosechando sonados éxitos y trabando amistad con extraordinarios artistas como Serguéi Rajmáninov, que lo instruiría en términos musicales.

Chaliapin, empero, notaba con desconcierto que los movimientos escénicos del momento que intentaban la elegancia eran presuntuosos y, por tanto, sumamente lejanos de consistencia y verosimilitud. Se propuso modificar esto. Solía visitar teatros con todo tipo de producciones y analizaba concienzudamente las actuaciones que presenciaba. Cada vez, escenarios más importantes lo invitaban a cantar y el bajo desarrollaba ya su visión de los personajes, dotándolos de una fuerte teatralidad, de intensísimos sentimientos, compenetrándose en la psicología de cada uno hasta darles verdadera existencia.



Chaliapin (1873-1938)

Pero Chaliapin fue mucho más allá. Como en el caso de “el hombre de las mil caras”, Lon Chaney, Fiódor fue un experto en maquillaje, de manera que sus fantásticas caracterizaciones eran vocales, dramáticas y visuales, lo que causaría la más profunda impresión en el actor Konstantín Stanislavski, para quien Chaliapin era el único que lograba la perfecta comunión de los elementos actorales. Justamente, fue Chaliapin el prototipo del cimiento de su conocido método.

Naturalmente, las principales casas de ópera del mundo se disputaron al gran cantante, descrito por Arturo Toscanini como “el más grande genio operístico con el que haya tratado”. La Ópera Metropolitana de Nueva York lo presentó en 1907 y, previsiblemente, su novedosa interpretación supuso opiniones encontradas. Muchos individuos se escandalizaron ante el realismo nítido con que dibujó la sordidez del sacerdote Basilio, torvo, macilento, que se hurgaba la nariz dactilarmente y se regocijaba en su mezquindad: léase una perfecta materialización.

Dos décadas más tarde, el famoso empresario Sol Hurok concretó una nutrida gira en la que Chaliapin conquistó avasalladoramente la ciudad de los rascacielos con un clamor general inmenso, lo que se retrataría después en un filme de 1953, *Tonight We Sing* (*Cantemos esta noche*), en donde otro monstruo de la escena, el bajo italiano Ezio Pinza, encarnaría a su colega ruso.

Conviene decir que en tal momento Chaliapin cobraba estipendios tan altos por noche como el equivalente actual de unos cuatrocientos cincuenta mil pesos o más, sin mencionar la serie de comodidades exigidas en sus contratos. Rusia y su música eran difundidas en los recitales del loado bajo, cuyo repertorio explotaba personajes de autores nacionalistas, particularmente *Boris Godunov* de Modest Músorgski.

El agente artístico Serguéi Diághilev recibió gran notoriedad a partir de su gestión de esta ópera en París, encabezada por Chaliapin en 1908. El público se quedaba perplejo de ver una profundidad tan impactante en un cantante, de quien la soprano estadounidense Geraldine Farrar dijera que poseía una voz como un trueno melodioso. Chaliapin preparó este personaje desde todos los ángulos, incluyendo la veracidad histórica y aprovechando, como siempre, su anatomía imponente, pues su estatura y proporciones eran descomunales.

En Barcelona, donde fue recibido en muchas ocasiones con la mayor efusividad, los cantantes recordaban cómo pedían al director de escena que no proyectara nunca que en el proscenio Chaliapin



El joven Chaliapin con Serguéi Rajmáninov



Tonight We Sing



Dmitri Usatov, maestro de Chaliapin

quedase delante de ellos, pues los cubría totalmente. Por cierto, en la Ciudad Condal, Ventura Gassol, Consejero de Cultura, invitó a Chaliapin un almuerzo en la plaza, por donde pasó un torero local reconocido y procedió a presentarlos, aludiendo los muchos triunfos del ruso. Al despedirse, el torero deseó lo mejor a Chaliapin y... que llegara a ser tenor.

Si Chaliapin legó un registro sonoro plausible de su arte, es a través de grabaciones primitivas que no logran mostrarlo en todo su esplendor, mas exhiben sus capacidades vocales como vehículo asombroso de expresión, que junto con las imágenes de sus personificaciones sugieren las facultades brillantes que poseyó. La longeva actriz y cantante Mary Ellis lo recordaba como un oso enorme, con una voz como una campana de templo que la impactaba con sus reverberaciones. Con Charles Chaplin practicó una rutina simpática y reveladora. Chaplin cantaba y Chaliapin hacía mímica, terreno dominado perfectamente por él para sorpresa de los espectadores.

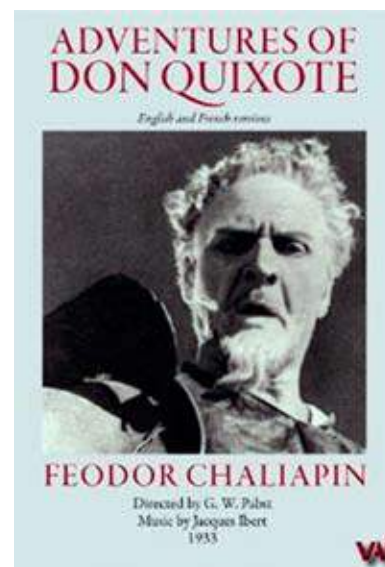
Puesto que muchos colegas no simpatizaban con el bajo, tampoco directores escénicos, decoradores, vestuaristas o tramoyistas, dada la costumbre de Chaliapin de corregirlos constantemente, fue dándose un anecdotario completo, no siempre veraz del todo, que confeccionó la figura del cantante como la de un hostigador neurótico. La verdad es que el maestro era un perfeccionista irremediable, característica acostumbrada en genios que se adelantan a su época o forjan un sistema superior, cuyos ideales quedan muy por encima del producto grupal.

El interés de Chaliapin siempre fue generar un elevado nivel de espectáculo artístico mediante los óptimos resultados del trabajo de cada partícipe en una amalgama exacta y delineada con esmero, precisamente lo que él mismo había consolidado. Tal como el propio artista relata en su autobiografía, *Man and Mask (Máscara y alma)*: “Nunca me he dormido en mis laureles, siempre busqué el mejoramiento, la expresividad”.

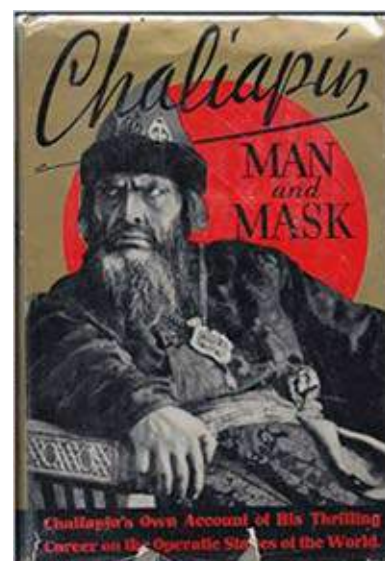
Como se sabe, los dones rara vez vienen solos, y aunque poco se recuerda ya, Chaliapin gozaba de sobrada capacidad para el dibujo. Solía obsequiar cartones dedicados y autorretratarse en fabulosos trazos. Este talento fue heredado por su hijo Boris (adivínese el porqué del nombre), que ilustrara revistas de primer orden por años. No sorprende, pues, ese escrutador ojo para el detalle que tuvo siempre y le fuera tan favorable.

Por fortuna, el milagro vocal de Chaliapin perduró toda su vida y cantaba en espléndida condición con más de sesenta años, lo que le permitió alcanzar el cine sonoro. Se planeó una película para él, *Las aventuras de don Quijote* del director Georg W. Pabst, adaptación del inmortal personaje cervantino con música de Jacques Ibert y que Chaliapin grabara en tres idiomas como un testamento de su excelso *savoir faire*. Se constata en este filme esa otra rara cualidad de Chaliapin, ¡la de insuflar vida a grabados y estampas antiguos!

En nuestro tiempo, se torna de primera necesidad que las palabras de Rajmáninov acerca de Chaliapin fuesen realidad para el bien de la ópera, su continuidad y la vanguardia: “Para las generaciones venideras, la personalidad de Chaliapin será una leyenda, un ejemplo”. ●



Adventures of Don Quixote, de Pabst



Man and Mask, autobiografía de Chaliapin